

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO CUARTO.

ARTICULO PRIMERO.

Perspectiva general del imperio y de las demas potencias políticas.

El imperio despedazado siempre por las facciones y atacado por los bárbaros estaba continuamente agitado de dos principios destructivos de los estados: en lo interior de la ambicion, el luxo y la depravacion de los ciudadanos: en lo exterior de los zelos de una multitud de naciones audaces y aguerridas, que conocian su debilidad y devoraban sus despojos. Esta potencia, la mas extensa y la mejor consolidada que jamas hubo, si se considera por lo que entonces era en sí misma, se parecia á aquellas altas montañas que al mirarlas impresionan por su elevacion, por la rócas de que estan coronadas, y por los espantosos precipicios que impiden acercarse á ellas; pero que conteniendo en su seno el fuego de un volcan formidable, se dividen, y se caen por el esfuerzo de los elementos que combaten en sus entrañas.

En quanto á las disposiciones de los pueblos que la rodeaban, se podia comparar á aquellas figuras monstruosas que se ponen en medio de los campos, para intimidar á los animales carniceros, y á las aves de rapiña. Al principio espantados tiemblan á su vista, pero volviendo despues de esta primera impresion, se acercan poco á poco, y alentados bien presto con los primeros ensayos se abalanzan impetuosamente sobre el enorme coloso; le insultan sin riesgo, le banbolean y acaban echándole por tierra.

Diocleciano era muy perspicaz para no conocer los males del imperio, y muy habil para no hallar en los recursos de su ingenio algun remedio, que á lo ménos pudiese detener sus progresos. El medio que pareció mas seguro á este príncipe versado en el arte de conocer y de conducir á los hombres, fué asociar á la soberanía á Maximiano Hercules, y adoptar baxo el título de césares, el uno á Galerio, y el otro á Constancio Chlora. Esta division de la autoridad en lugar de restablecer los negocios de la nacion, no hizo mas que aumentar sus desgracias y atraerle otras nuevas. Seria preciso que cada uno de estos quatro príncipes hubiese tenido el alma de un Bruto y de un Caton, para que la porcion del poder supremo que se le confiaba, no la emplease sino en sostener la patria y en sus ventajas. Mas sucedió todo lo contrario, y lo que necesariamente debia suceder en un tiempo de corrupcion, en que se habian perdido de vista los principios de la virtud, en que ya no se conocia la patria, y en que cada particular no tenia otra semilla en el corazon ni otro móvil en sus acciones que su propio interes. Se vió pues que estos quatro príncipes obraban sin concierto, que trabajaban en su privativa grandeza, y que caminaban á la independencia por todos los medios que la fuerza y el acaso ponian á su disposicion.

Entre ellos nació odios y osadías, como rivales de poder y de gloria. Se ofendieron recíprocamente, buscaron arbitrios para dañarse, y bien pronto se encendió en sus corazones agriados con el fuego de la venganza, el deseo de reynar solos. Para substraerse de estas borrascas y de los pesares de un mando tan desordenado, Diocleciano abdicó el imperio, y arrastró como por fuerza á su retiro á Maximiano Hercules que poco despues se arrepintió; y no volvió á él sino para acabar mas vergonzosamente una vida que su ambicion y su crueldad habian hecho funesta para el universo. Ya no se experimentaron mas que turbaciones y confusion en el imperio. Quatro príncipes nuevos baxo los títulos de emperadores y de césares se disputaron la soberanía. La guerra civil y todas las calamidades que trae consigo, ofrecieron mil escenas sangrientas en todas las partes de la tierra; y semejantes desgracias duraron hasta que Constantino se halló solo dueño del trono. Baxo este gran príncipe se volvió á levantar de sus ruinas la fortuna del imperio; y le hubiera restituido su antiguo lustre, si no hubiese come-

tido la falta que llegó á ser el principio de su destrucción, de transportar la silla del poder y del gobierno á la nueva ciudad que habia edificado sobre los confines del Asia y de la Europa.

Desde la muerte de Constantino hasta el reynado de Teodosio, la suerte del imperio, algunas veces próspera, y muchas desgraciada, fué una alternativa continua de pérdidas irreparables, y de ventajas pasajeras. Los bárbaros, á quienes un mismo impulso arrastraba del norte hácia el medio día, hacian esfuerzos todos entre sí, y separadamente contra los romanos. Se erigieron nuevas potencias en las Galias y en España; y la dominacion romana se dividió ella misma en dos porciones baxo los títulos de imperio de Oriente, y de imperio de Occidente. Esta division léjos de contribuir á la felicidad del mundo, y á la conservacion de la herencia de los césares, fué origen de nuevas turbaciones y calamidades. Teodosio suspendió el curso de ellas por algun tiempo, quando la derrota de Máximo puso otra vez todo el imperio en sus manos; pero la nueva reparticion que hizo del poder soberano entre sus dos hijos, volvió á sumergir el estado en otros desórdenes, y le precipitó en una debilidad, de que se supieron aprovechar las naciones poderosas que le cercaban, para extenderse, y asegurarse en sus conquistas. De este modo el imperio se enervaba cada dia mas, y los medios que se tomaban para sostenerse su caducidad, no servian sino de hacer á sus vecinos mas emprendedores.

ARTICULO II.

Estado del polyteismo y de los sistemas religiosos que oponian la filosofía al christianismo.

Quanto mas extendia su imperio la religion christiana, mas veia disminuirse el suyo la idolatría. La crueldad política de Máximo, y las bárbaras execuciones que el César Galerio excitado por una madre supersticiosa ordenó contra los christianos, no pudieron restablecer el crédito de los oráculos que se obstinaban en guardar silencio, ni la solemnidad de las fiestas paganas, de las quales se avergonzaban las gentes sensatas ya habia mucho tiempo. Constantio Chloro obligado por la razon de estado,

tan poderosa en los corazones ambiciosos, á conformarse con las miras de los emperadores, se contentó con proteger el antiguo culto; pero dió toda su estimacion á los christianos, á quienes ni la severidad de los edictos ni el rigor con que eran executados, no impidieron permanecer fieles á su Dios. Todos los monumentos testifican lo que hizo Constantino, y su sucesor y su hijo, por favorecer los progresos del Evangelio. Baxo su reynado, el christianismo llegó á ser la religion nacional del imperio, en donde era ya el culto dominante. Aunque no persiguió la idolatría, hizo tal vez mas no inquietandola, que si se hubiese armado de un zelo destructivo contra sus ministros y partidarios; pues en ese caso hubiera reanimado quizá su existencia; y así obró mejor en dexarla destruirse tranquilamente á sí misma, y perecer sin ruido de las consecuencias de su languidez. Toda la fuerza, que un reynado glorioso, y una autoridad temida desde un extremo al otro del mundo, puede añadir al poder soberano, la empleó por espacio de treinta años en dar una consistencia mas firme á la iglesia christiana, y en condecorarla con todas las señales exteriores que podian hacer su culto magestuoso, y su gobierno respetable á las naciones.

Despues de los reynados tan christianos de Constantino y de sus hijos, si alguna cosa hubiese podido levantar el polyteismo de sus ruinas, y restituir al imperio sus antiguos dioses, el universo hubiera sido testigo de semejante suceso en tiempo del emperador Juliano. Este príncipe conocido en la historia por el sobrenombre de apóstata, que con demasiado fundamento se habia adquirido, abandonando la religion christiana, en que desde la infancia habia sido criado, por la idolatría que no abrazó sino por capricho, nada perdonó á fin de restablecer los templos, las fiestas, los ritos sagrados y todas las instituciones del paganismo, el qual halló casi abolido en el imperio, quando llegó al poder soberano.

Los filósofos de que compuso su consejo y su corte, pusieron por su parte en uso todos los medios conducentes á favorecer su zelo. Máximo de Tiro y Libanio, los hombres mas supersticiosos del mundo, los mas versados en el arte de la mágica, y los mas eloqüentes encendian incesantemente con sus insinuaciones y lisonjas el odio que habia concebido al christianismo, despues que habia desertado de

los altares de Jesu-christo por volver á levantar los de los falsos dioses. El mismo Juliano tenia un entendimiento vivo y penetrante, un estilo agradable y gracioso, y una elocuencia llena de fuego, y sostenida de una vasta erudicion. A estas qualidades que habia cultivado baxo la direccion de los mas grandes maestros, juntaba este príncipe una vida austera, una suma aplicacion á los negocios del gobierno, y las prendas que son mas necesarias para la guerra; el amor de la gloria, la paciencia en los trabajos, y un profundo estudio del arte militar. Todo su poder, toda su capacidad, los empleó, durante su corto reynado, en restituir á la idolatría á los pueblos que la luz del Evangelio habia sacado del error, y en dar al culto pagano todo el esplendor de que todavía era capaz. El entusiasmo no tiene expresiones mas atrevidas que las de que él usa en las obras en que se esfuerza á inspirar su ardor á los pontífices idólatras; y jamas el fanatismo ha sugerido sentimientos mas impetuosos que aquellos con que procuraba penetrarlos. ¿Era esto por conviccion, ó por espíritu de singularidad? Seria difícil decidirlo. Si juzgásemos de sus principios por la série y uniformidad de su conducta, nos inclinariamos á creer que era idólatra de buena fe; pero si buscáramos los motivos de su misma conducta en una multitud de acciones que la historia nos ha conservado, pensariamos que habia mas extravagancia y falso espíritu, que sinceridad en el zelo que afectaba por el honor de los dioses, y por el restablecimiento de su culto.

El platonismo ecléctico era el sistema que habia adoptado al abjurar la religion christiana. Los filósofos con quienes dividia su confianza, y que trabajaban con él en el buen éxito de su empresa, no tenian otros principios; pues reconocian un Sér supremo, primera causa y primer motor del universo, y baxo sus leyes diferentes órdenes de genios, á los quales confiaba diversos ministerios, y diversas porciones del gobierno general de este mundo; á la manera que en una monarquía el soberano distribuye por las provincias varios magistrados con una autoridad mas ó menos extensa, para mantener en ellas el orden, y hacer sensible con la actividad de un poder siempre presente la influencia del príncipe en todas las partes del estado. Por este medio creyeron Juliano y sus filósofos caminando sobre las huellas de Ammonio, de Porfirio, y de Plotino, haber acertado á

hacer del polyteismo un cuerpo de religion consiguiente, y á poner á la idolatría en estado de sostenerse con las armas del razonamiento en presencia de la religion Christiana. ¿Mas en qué terminaron tantos proyectos artificiosos, tantos actos de autoridad, tanto espíritu y erudicion? Todo el mundo lo sabe. Juliano murió despues de un reynado de tres años: con su muerte cayó y se disolvió su vana empresa: subió al trono del imperio en su lugar un príncipe sabio y moderado: el christianismo se elevó sobre todos los sistemas y todas las opiniones humanas con mas esplendor que nunca; y todos los esfuerzos de un príncipe que creia haber llegado al poder supremo por el favor de los dioses, y que se miraba como encargado de su causa, remataron precipitando su caída, y convenciendo al universo de que la fuerza de los christianos está en el brazo del Todo poderoso.

ARTICULO III.

Estado de la Iglesia desde el principio del quarto siglo hasta la conversion de Constantino.

Este siglo empezó con la mas violenta persecucion que se habia encendido hasta entónces contra la Iglesia, y se pudiera decir que los demonios preveian el fin próximo de su imperio, y que quanto mas se acercaba la idolatría al momento de su caída, mas furor inspiraban á los paganos contra una religion que igualmente triunfaba de la fuerza que de la astucia.

El César Galerio, hombre sanguinario y supersticioso, arrancó á la debilidad de Diocleciano un edicto fulminante contra los christianos. Este viejo consumido de fatigas, y devorado de los fastidios que cercan el trono, despues de haber gobernado el imperio como gran político, y hecho la guerra como gran capitán, acabó su larga carrera siendo, á pesar suyo, uno de los mas crueles verdugos de la humanidad. No hay invencion bárbara de que no se hiciese uso en esta persecucion, que los historiadores cuentan por la décima y última de las que ordenaron los emperadores. Se recurrió á unos modos de atormentar á los hombres que no habian hallado los monstruos que habian causado la desgracia del género humano, despues que el despotismo habia puesto la suerte del universo en mano de los tiranos. De

la Capadocia donde se encendió primeramente este fuego devorador, se comunicó bien presto el incendio con una rapidez incomprehensible á todas las provincias del imperio. La Mesopotamia, la Syria, el Egypto, la Tebayda, el Ponto, la Frigia, la Numidia, la Mauritania, en una palabra, todas las partes del Asia y del Africa en que se reconocia el poder de los emperadores, experimentaron el rigor de los edictos, y la ferocidad de aquellos á quienes se fió su execucion. Era tan grande el número de los christianos, y llegaba á tal exceso el furor de sus enemigos, que se amontonaban á millares los proscritos en barcos, los quales se hacian hundir en la mar, como para destruirlos mas prontamente, y se ponía fuego á todas las ciudades que eran de christianos, como para envolver en un mismo suplicio á todos los culpados de un mismo crimen.

En las Galias en donde mandaba Constancio-Chloro no se derramó tanto la sangre christiana. Mandó derribar las iglesias, y despojó de sus empleos á los oficiales que rehúsaron sacrificar á los dioses del imperio, pero en lo sucesivo, habiendo llegado á la potestad soberana, prestó toda su estimacion á aquellos hombres animosos que habian querido mas perder su estado y su fortuna, que abandonar su religion. El resto de la Europa que obedecia á Maximiano fué assolado por el hierro y por el fuego; y esta borrasca, la mas furiosa que habia agitado la Iglesia, no se aplacó hasta el año 311, por un edicto concertado entre los emperadores y los césares, que restituyó á los christianos el libre ejercicio de su religion. Licinio, que habia mostrado tanta animosidad contra el christianismo, fué el principal autor de esta ley, y aun los historiadores han escrito que el terror de los juicios de Dios se la habia arrancado; pero es mas probable que se debiese á las disposiciones favorables de Constantino, y al ascendiente que comenzaba á tomar sobre los príncipes que en el imperio participaban con él de la suprema autoridad.

No podia ser durable la union que produjo esta calma, y era preciso que la desconfianza, el odio y los zelos se volviesen á encender muy presto entre rivales tan poderosos. Maxencio fué el primero que tomó otra vez las armas contra sus compañeros; y Constantino se encargó de reprimir su empresa, que á nada ménos se encaminaba que á perder á los demas, y á hacerle á él solo dueño del imperio.

Estaban los exércitos á la vista, y la suerte del combate iba á decidirse entre los dos príncipes, quando en la fuerza del dia vió Constantino una cruz luminosa debaxo del sol con esta inscripcion en caracteres muy visibles: *vencéras en esta señal*. La noche siguiente se le apareció Jesu-christo con el mismo signo en la mano, y le mandó que lo hiciese poner sobre los estandartes de sus tropas, lo que así executó; y habiendo dado batalla á Maxencio cerca de Roma, le venció segun la promesa del cielo. El estandarte en que Constantino hizo poner la imagen triunfante de la cruz, es el famoso *Labarum*, de que siempre se sirvió en la guerra. Sus sucesores le imitaron, y este uso llegó á ser el de todos los príncipes christianos.

La rivalidad y el deseo de dominar armaron tambien al emperador Maximino, que partió de Siria con un exército formidable. Constantino y Licinio se unieron para rechazar el enemigo comun; y Maximino derrotado, perseguido, abandonado, no tuvo otro recurso que darse veneno. Su muerte acabó de facilitar á la iglesia la paz y libertad de que ya gozaba por la proteccion de Constantino y de Licinio en las provincias que les obedecian. Estos príncipes que no podian dexar de conocer la bendicion que el cielo derramaba sobre sus armas á ruegos de los christianos, y el visible patrocinio que de él habian recibido, expidieron edictos en favor de aquellos á quienes miraban como autores de su prosperidad. Se ordenó que cada uno tuviese la libertad de profesar la religion que hubiese abrazado: que las iglesias volviesen á entrar en posesion de los bienes que les hubiesen pertenecido: que á los fieles se restituyesen los de que se les habia despojado durante la persecucion; y que en los negocios civiles pudiesen las partes declinar la jurisdiccion de los magistrados, remitiéndose al juicio de los obispos. Esta última ley, que se refiere al año 318, es el origen de la jurisdiccion temporal de los obispos, que en lo sucesivo hizo tan grandes progresos, ocasionó tantos abusos, y suscitó tantas diferencias sensibles entre el sacerdocio y la magistratura.

Desde la derrota de Maximino hasta la caída de Licinio, cuya fortuna tuvo tambien que ceder á la de Constantino, la sociedad christiana dexando de ser agitada por causas extrañas, quedó próspera y floreciente, resaltando sobre ella la gloria del imperio, y empleándose toda la au-

toridad del soberano en protegerla y darle extension. En esta época toman los negocios de la Iglesia un aspecto mas brillante, y de alguna manera empieza su curso otro nuevo orden de cosas.

ARTICULO IV.

Estado floreciente de la Iglesia despues que Constantino quedó solo dueño del imperio.

Constantino se veia asegurado sobre el trono imperial por la destruccion de sus competidores. Su dominacion abrazaba todo lo que las armas de la república habian sometido á las leyes de Roma; y formaban su poder los derechos y privilegios anexos á las diferentes magistraturas reunidas en su persona, como lo habian estado en la de sus predecesores. Su autoridad ilimitada, su felicidad en todas las empresas, su talento superior para la guerra y para los negocios, el vigor de su gobierno, un no sé qué de grande y heroico que se veia brillar en él, y que anunciaba un alma elevada, y un carácter sublime, le hacian respetable en todo el imperio, y entre las naciones vecinas: sus conquistas, la energía, la actividad, el amor de la gloria que habia sabido reanimar en los corazones, constituian el nombre Romano, como en otro tiempo, formidable á todos los pueblos de la tierra. En fin, se puede decir que supo combatir y vencer como César, gobernar como Augusto, trabajar por el bien del mundo como Tito y Trajano; y que sobre estos hombres grandes tuvo la inestimable dicha de conocer la fuente de las verdaderas virtudes en la única religion digna del Ser supremo, y de hacer servir á la gloria del verdadero Dios todo el poder que tenia de él. Fiel á este primer deber de los soberanos se aplicó Constantino sin afloxar á favorecer los progresos del christianismo, y á dar señales brillantes de su amor á la Iglesia. Por su persuasion adoptó Licinio, á lo ménos por algun tiempo, la ley que concedia á los christianos la libertad y publicidad de su culto. Mas este compañero peligroso, á pesar de la alianza que acababa de contraer con Constantino, tomando por esposa á su hermana Constancia, no tardó en volver á sus antiguas opiniones en favor de la idolatría, la qual habia parecido que dexaba solo por política, y para

engañar mejor á su cuñado. Luego que creyó útil á sus miras el romper una union que solamente habia formado el interes, Licinio no imaginó mejor medio de manifestar este rompimiento, que començar segunda vez la persecucion contra los christianos; lo que es un elogio para Constantino, y nada prueba mas la idea que se tenia en todo el imperio de la sinceridad de su conversion, y de su zelo por la religion que acababa de abrazar, que esta conducta de su rival. Sin embargo, se vió revivir en el Oriente con nuevo furor un fuego que apenas se habia acabado de extinguir; y aunque la persecucion no fué ni tan general ni tan esforzada como en los diez años precedentes, no dexó de dar un gran número de mártires á la Iglesia, permitiéndola Dios sin duda para dar á conocer á los fieles que no debian dexarse ablandar por las dulzuras de la paz de que principiaban á gozar, puesto que todavía podian estar expuestos á nuevos combates. La borrasca se acabó con la derrota del que la habia formado. Licinio batido por mar y tierra, reducido á implorar la clemencia del vencedor, y retirado á Tesalónica, donde le permitió vivir, no pudo ver sin zelos el poder y gloria de un rival á quien todo prosperaba. Este sentimiento, juntamente con su inquietud natural, despertó en su corazon el deseo de reynar aun; y por sí mismo, y por medio de sus amigos hizo movimientos que anunciaban los ambiciosos designios que sabia disfrazar mal, por lo que Constantino, aunque le despreciaba demasiado para temerle, se vió no obstante forzado por razon de estado á sacrificarle al reposo del imperio, y á su propia seguridad.

Desde este momento no hallando mas obstáculo su zelo por la religion de Jesu-christo, no tuvo cuidado que mirase con mas amor que el consolar á la Iglesia de los males que habia sufrido. No se puede leer el gran número de leyes que hizo en su favor, sin admirar su magnificencia y su piedad. Por las unas ordena la restitucion de los bienes arrebatados á la Iglesia: por las otras proscribela idolatría, y quiere que sus templos sean demolidos ó dados á los christianos para consagrarlos al verdadero Dios: en unas provee con una liberalidad harto digna del dueño del mundo, al gasto del culto religioso, y á la manutencion de sus ministros: en otras muchas este gran príncipe concede á los obispos y á los clérigos ciertos privilegios y autoridad, que prueban la profunda veneracion de que estaba lleno hácia

los gefes de la religion, y el homenaje que prestaba á las virtudes que los distinguian en estos tiempos dichosos.

Bien sabido es el gran milagro por el qual ha sido llamado al christianismo, y no se debe admirar que haya hecho tantas cosas para testificar su reconocimiento á aquel Dios que se le habia manifestado de un modo tan propio para imprimir la idea de su magestad suprema en una alma naturalmente grande y elevada. Sucedió esto al tiempo que marchaba contra Maxencio, resuelto á darle una batalla decisiva: Maxencio se mantenía encerrado en Roma; pero ocupaba el pais con un ejército floreciente, aguerrido, mandado por excelentes gefes, y muy superior al de Constantino. Este ocupado con un suceso que iba á decidir el imperio entre él y su rival, se dirigió al Dios soberano que adoraban los christianos, y de quien su padre Constancio Chloro habia recibido tan brillantes señales de proteccion. Oraba con fervor, quando de repente vió aparecerse en el cielo una cruz luminosa, con estas palabras escritas con caracteres de fuego: *In hoc signo vince*, ó como traen las medallas de Constancio: *In hoc signo victoreris*. Este signo brillaba debaxo del sol, y habiendo hecho ya este astro mas de la mitad de su carrera, daba vuelta hácia el Poniente. Constantino para obedecer á la voz del cielo, y consagrar el milagro con un monumento público, mandó hacer un estandarte militar con la señal de la cruz, y adornado de una corona que contenia el monograma de Jesu-christo formado de piedras preciosas. No se puede dudar de este hecho referido por quatro autores contemporáneos, atestigüado con juramento por el mismo Constantino en vida, y á la hora de su muerte, y consignado á la posteridad por medallas que se han conservado hasta nuestros dias.

Baxo este príncipe, y por un efecto de sus dones, adquirió el culto externo el esplendor que jamas habia tenido. Las iglesias, sobre todo en las grandes ciudades, eran edificios de una arquitectura noble y magestuosa, como se puede juzgar por las Basílicas de san Juan de Letran en Roma, y de santa Sofia en Constantinopla. El interior de estos templos estaba decorado con lo mas rico y exquisito que tienen las artes, hallándose prodigados en ellos los mármoles preciosos, el oro y la pedrería. Las principales solemnidades de la religion, como las de Pascua, Natividad, &c. se celebraban con la magnificencia, y las señales

de alegría que eran de uso en las fiestas públicas pertenecientes á la gloria y prosperidad del estado. Qué consuelo no seria para los christianos que tanto tiempo se habian visto obligados á esconderse en lo interior de las cavernas, y de los obscuros subterráneos para ofrecer apresuradamente los santos misterios, el ver la pompa de que eran rodeados, y la riqueza de los vasos y adornos que se empleaban en ellos? Qué amado no debia serles el príncipe, autor de tanto bien? ¿Se deben por ventura admirar los elogios que le han dado como á porfia los escritores eclesiásticos de su siglo, á pesar de las faltas á que le han arrastrado su demasiada credulidad, y las sorpresas hechas á su buena fe?

Santa Elena su madre no trabajaba con ménos ardor en el aumento de la religion, en la construcción y dotacion de las iglesias, y en la abolicion del culto impuro de los ídolos. Para estos piadosos fines se sirvió de la autoridad de su hijo de que era depositaria, y de sus tesoros, sobre los quales tenía una libre disposicion en todo lo relativo á la gloria del verdadero Dios. Se debió á sus cuidados el que los lugares consagrados por el nacimiento, muerte y sepultura del Salvador de los hombres fuesen honrados como merecian, despues de haber sido purificados de las profanaciones con que los habian manchado Eliogábaló y Adriano. Recompensó Dios magníficamente su piedad, haciendo que en los trabajos que presenciaba hallase el monumento mas respetable de nuestra fe: cavando la tierra en el monte calvario se descubrió la cruz en que Jesu-christo habia consumado su sacrificio, y se manifestó la virtud que su sangre le habia imprimido por la resurreccion de un muerto, cuyo cadáver se reanimó luego que hubo tocado este instrumento de vida.

Despues de tantas pruebas del amor y adhesion de Constantino á la Iglesia, se dexa conocer que no se ha de juzgar á este primer emperador christiano por las sátiras de Juliano su sobrino, adoptadas y repetidas tan indecentemente en nuestros dias por algunos enemigos del christianismo, todavía mas culpables que él. Tuvo Constantino algunas de aquellas flaquezas anexas á la humanidad, y cometió algunas de aquellas faltas que son demasiado comunes en la esfera suprema: fué engañado sobre el suceso de su hijo por una madrastra tan criminal como Fedra, y que acabó como ella, del mismo modo que lo habia sido Teséo

en los siglos heroicos. ¿Pero prueba esto otra cosa sino que pudo ser sorprehendido porque era hombre, y tal vez mas fácilmente porque era bueno y virtuoso? ¿Merece por eso ménos el sobrenombre de grande que le ha dado su siglo, y que habia adquirido por sus victorias, por la sabiduría de su gobierno, por su aplicacion á hacer el imperio formidable en lo exterior, y en lo interior tranquilo, por su equidad, su dulzura, su magnificencia; en fin, por las bellas qualidades que constituyen la gloria de los príncipes y la felicidad de los pueblos? ¿Para ser digno de este título á los ojos de la posteridad es menester mudar de naturaleza, y dexar de ser hombre? ¿Y los que osan obscurecer su memoria, quisieran que conforme á esta regla se apreciase á los héroes subalternos, pretendiendo al cabo de mil y quinientos años obligarnos á preferirlos á un príncipe que desde tan largo tiempo está en posesion de nuestros elogios y admiracion?

Los obispos se aprovecharon de esta feliz calma, para reparar las brechas que habian hecho á la disciplina los tiempos de turbacion y de persecuciones, y para dar una forma regular al gobierno eclesiástico. Hablaremos luego de de estos diferentes objetos baxo los títulos á que se refieren; pero ántes tenemos que considerar el origen y las consecuencias del mayor negocio que hasta entónces habia ocupado á la Iglesia, y que le causó tanta agitacion en el discurso de todo este siglo.

ARTICULO V.

Principios del arrianismo: sus progresos y sus estragos en tiempo de Constantino y de Constancio su hijo.

La prueba de las persecuciones habia agitado la Iglesia conmoviéndola: al contrario, quanto mas violento habia sido el choque, mas se habia asegurado sobre los fundamentos que le habia dado su divino autor, mas fuerza y extension habia adquirido; pero la prueba del arrianismo difundió en ella los disturbios y la confusion. Pareció que vacilaba baxo los esfuerzos de esta nueva borrasca, y si alguna vez las puertas del infierno pudiesen prevalecer contra ella, hubiera sido en este tiempo crítico en que el error audaz y esparcido como una vasta inundacion, amenazaba

sorberlo todo. A pesar del número de los que se rindieron al peso de la autoridad, de los que cedieron á los malos tratamientos, ó que fueron seducidos por los artificios y las sutilezas, nunca la fe fué incierta ni dudosa, porque la verdad se mostró siempre con señales propias para hacerse reconocer al mismo tiempo de la mayor obscuridad. Esto es lo que procuraremos se observe para gloria de la Iglesia, é instruccion de los fieles, despues que hayamos expuesto los hechos con una justa extension.

La imposibilidad de concebir el misterio de la Trinidad, que di tinguie al christiano del puro atheista, y el deseo de explicar de modo que satisfaciese á la razon humana, cómo subsisten tres personas distintas en la unidad de una misma esencia y de una misma substancia, habian hecho ya imaginar diversos sistemas que la Iglesia habia desechado como otros tantos errores. Quería que se estuviese á la simple proposicion de la fe, sin hacer vanos esfuerzos por hallar medios de hacer sensible y de aclarar con el razonamiento lo que es superior á los sentidos y á la razon; y esto es lo que siempre ha hecho de siglo en siglo en todas las disputas que se han suscitado sobre el dogma; siendo tambien el único partido que habia que tomar en quanto al punto de doctrina de que se trata. Pero la natural inquietud del entendimiento humano, y la sutileza peculiar de los griegos, no permitieron contenerse en estos límites puestos por la mano del mismo Dios, y que la prudencia hubiera debido hacer respetar; tal es todavía, y tal ha sido siempre el principio de las heregías que han despedazado la Iglesia en todos tiempos; es á saber, el deseo imprudente y nada razonable de comprehender y explicar lo que no es menester mas que creer y adorar. Quántos escándalos se hubieran aborradado á la Iglesia, y desgracias á la humanidad, si los hombres se hubieran contentado con seguir el plan trazado por Jesu-christo y por los apóstoles! Ni este Salvador divino, ni los primeros depositarios de su doctrina han empleado el método del razonamiento y de la dialéctica para establecer y persuadir las verdades sublimes que anunciaban. Proponian estas verdades santas, como que formaban el cuerpo y el conjunto de la religion de que eran ministros; y si nacia alguna disputa con esta ocasion, la terminaban fixando por una enunciacion clara y precisa el punto que habia dado lugar á la dificultad. La Iglesia no